

DIAGNÓSTICO DE LA PANDEMIA DESDE UNA PERSPECTIVA BIOÉTICA: REFLEXIONES Y APRENDIZAJES

Federico de Montalvo Jääskeläinen

Profesor propio agregado de Derecho Constitucional, ICADE

Presidente del Comité de Bioética de España

fmontalvo@icade.comillas.edu

1. Crisis dentro de una crisis

La pandemia ha enfrentado a nuestro Sistema de Salud, en concreto, y a nuestra comunidad política, en general, a una situación de tal tensión en la que muchos de nuestros principios y valores éticos y constitucionales se han visto claramente comprometidos. La dignidad, la justicia o la protección frente a la vulnerabilidad parecieron evanescerse en un contexto de incertidumbre y temor. El denominado sistema 1 —del cerebro— estrictamente intuitivo y reactivo, empleando los términos del psicólogo y Nobel de Economía, Kahneman, suprimió la reflexión profunda que nos proporciona nuestro sistema 2.

Con la pandemia llegaron, desde sus propios inicios, un sinfín de fenómenos que revisten un gran interés desde la perspectiva bioética. Incluso, puede afirmarse que la pandemia se inaugura con una crisis bioética de calado que ha mostrado ciertas debilidades morales de nuestro modelo sanitario, dentro de la crisis de salud pública.

Antes de analizar dicha crisis, debe resaltarse que la pandemia también ha traído consigo la puesta en cuestión del tecno-optimismo. La inteligencia artificial y el *big data* se presentaban como los impulsores de un cambio inaudito que marcaría inexorablemente el futuro del ser humano. Incluso, se nos había predicho que las pandemias desaparecerían gracias a la tecnología. Y la empresa BlueDot parece que nos alertó, pero de nada sirvió.

Es verdad que la tecnología se ha mostrado de manera paradójica, ya que, pese a su estrepitoso fracaso predictivo, también es cierto que ha ofrecido su cara más humana al habernos permitido mantener nuestras relaciones familiares y sociales. El móvil, la *tablet*, el portátil han sido los hilos de conexión para que no solo el trabajo no cesara, sino también para que la afectividad estuviera presente en la distancia del confinamiento. E, igualmente, la tecnología ha ayudado a la biología en el objetivo de conseguir unas vacunas en breve espacio de tiempo. Sin embargo, en palabras de la Pontificia Academia para la Vida a principios de marzo de 2020, “En medio de nuestra euforia tecnológica, nos encontramos social y técnicamente impreparados ante la propagación del contagio [...]. Hay también una falta de reconocimiento de nuestra vulnerabilidad física, cultural y política ante el fenómeno”.

Esta crisis no es el fin del mundo, sino el fin de un mundo y lo que se acaba (o se acabó hace tiempo y no lo aceptamos). El mundo de certezas, seres invulnerables y autosuficiencia, y en el que el humanismo se nos ofrece como el camino seguro. Como dijera Albert Camus en *La peste*, nuestra alegría siempre está amenazada. Nunca habrá una victoria sobre la enfermedad y la muerte. El bacilo de la peste no desaparece jamás. Así pues, el ser humano debe recordar la importancia que tiene, en expresión del papa Francisco el cuidado de la Casa Común.

Aunque, también pueda que sea cierto que la incertidumbre no sea más que el término posmoderno que identifica o resume ahora la innata vulnerabilidad del ser humano. Su vulnerabilidad esencial o antropológica. La muerte, la enfermedad y el sufrimiento son las manifestaciones de nuestra radical finitud, de nuestro escaso poder, del valor de ese breve suspiro que es la vida. La muerte propia y la ajena nos hacen conscientes de la pérdida, de la amenaza constante. Y la muerte, el final, el dolor y la pérdida de posibilidades están ínsitas en el ser humano como radical y constitutivo elemento de su vida, pues están siempre presentes.

Puede, pues, que los tiempos que vivimos no sean realmente más inciertos que los ya pasados ni que el progreso conlleve la aparición de nuevos y complejos riesgos, sino que, pese a dicho progreso, seguimos siendo vulnerables. La paradoja no estaría el desarrollo simultáneo del progreso y sus riesgos, sino en que, pese al progreso, nuestra vulnerabilidad sigue ahí.

E iniciábamos nuestra reflexión hablando de una crisis bioética dentro de la crisis de salud pública, y ello se aprecia perfectamente a través de tres fenómenos que han coincidido, no casualmente, en los inicios de la pandemia.

2. La sombra de Jeremy Bentham (del utilitarismo) es alargada

En marzo de 2020, ante la inminente saturación de los medios hospitalarios de soporte vital, una sociedad científica publicaba unas recomendaciones éticas para la toma de decisiones en dicha situación excepcional. Y estas incorporaban, entre otros, como criterio de priorización el del “valor social de la persona enferma”.

¿Cómo debe interpretarse el valor social?

El término es extremadamente ambiguo y éticamente discutible. Todo ser humano por el mero hecho de serlo es socialmente útil, por el valor ontológico de la dignidad. Recurrir al concepto de valor social de los individuos significa que unos tendrán más valor que otros. Y si bien hay que esperar que la eficiencia presida toda buena elección social, no es una varita mágica por la que desaparezcan los conflictos morales ni está libre de valores. La asistencia sanitaria no puede solo abordarse con pautas de eficiencia gerencial. Requiere un “suplemento de alma”.

Privar a las personas con discapacidad en tiempos de catástrofe del acceso a prestaciones sanitarias es tan injustificable como en tiempos ordinarios. No hay base científica. Responde, quizás, a un sesgo en el ámbito sanitario, por la representación insuficiente de personas con discapacidad entre sus profesionales. Cuando se determina que una discapacidad limita la calidad de vida de una persona, no se reflejan los puntos de vista de las personas discapacitadas.

Parece que las recomendaciones también asumían el criterio de los *fair-innings*. Todos tenemos derecho a vivir el mismo número de años. Más allá, sería un regalo de la fortuna o un privilegio inmerecido. El criterio de despriorización de mayores presupone una forma de vida “estructurada” en la que se han cumplido ciertas etapas. Es una suerte de malthusianismo, en palabras de Adela Cortina.

Las citadas recomendaciones eran, pues, expresión de utilitarismo, y este concede poca relevancia a los valores y derechos humanos a la hora de decidir. Jeremy Bentham, uno de sus padres, afirmaba que “natural rights is simple nonsense”. Para evitar que la dignidad y su ambigüedad afectaran a la toma de decisiones por las autoridades, ofreció una solución pragmática para cuantificarlas numéricamente, basándose en datos empíricos, para lograr la mayor felicidad para el mayor número de ciudadanos. Es una solución procedimental de la que se ha retirado el valor ontológico del ser humano. Una ética sin verdad. Para Zagrebelsky la justicia no habla del mayor beneficio para el mayor número de personas, sino del menor número de excluidos de la felicidad.

3. Cuando todos los problemas se transformaron en dilemas: el dilematismo

La ausencia de verdadera reflexión ética derivada del utilitarismo conecta con la transformación de problemas en dilemas. Señala Diego Gracia que el ser humano tiende a reducir todos los posibles cursos de acción a dos, extremos, eliminando los cursos intermedios, los más difíciles. Para simplificar la decisión optamos por lo dicotómico, produciéndose el dilematismo.

Un ejemplo de ello es el de la exclusión del acompañamiento y asistencia espiritual durante el proceso de morir de muchos pacientes. Han muerto solos porque la solución ha sido extrema, dilemática. Se ha partido de una regla general aplicada taxativamente a todos, sin una reflexión acerca de las posibilidades de haberlas facilitado mínimamente. ¿Han

sido idénticos todos los casos? ¿Ha sido el peligro de transmisión del virus el mismo? ¿Es suficiente la extraordinaria labor de acompañamiento por parte de los profesionales sanitarios, más allá de sus deberes deontológicos?

Como señalara el Comité de Bioética de España en abril de 2020, las circunstancias forzadas por una infección con tan alta contagiosidad y letalidad hacen que sea imperativa la adopción de medidas muy estrictas, pero ello no impide reflexionar sobre el modo de facilitar un entorno más compasivo en el morir de los pacientes. En tiempos tan convulsos, la reflexión sobre valores debe encontrar un mínimo espacio.

El propio Comité de Bioética ha promovido, recientemente, la incorporación de un nuevo derecho a la Ley 41/2002 de autonomía del paciente, de la que celebraremos su vigésimo aniversario el año 2022: el derecho al acompañamiento.

4. Ustedes políticos de salud no saben: el cientifismo

En el verano de 2020, un grupo de sociedades científicas españolas aprobaron un decálogo bajo el lema de “En salud, ustedes mandan [políticos] pero no saben”, añadiendo que “Sólo las autoridades sanitarias, sin injerencia política, deben establecer las prioridades de actuación”.

El decálogo, siendo acertado, olvidaba que una crisis como esta debe resolverse por quienes tienen conferido por el pueblo su representación, los políticos, y mediante soluciones que atiendan globalmente al problema. Sin educación no hay política. Sin política difícilmente puede existir una economía que satisfaga el interés general. Y sin economía poca salud habrá, cuando es uno de los principales determinantes de salud.

Los científicos saben mucho, pero son insuficientes para resolver un problema tal. La afirmación de Tolstoi de que la Ciencia carece de sentido al no tener la respuesta para las únicas cuestiones importantes, qué debemos hacer y cómo debemos vivir, es demasiado extrema. La Ciencia nos ayuda a comprender mejor el entorno y nos ofrece elementos para avanzar en la respuesta a aquellas trascendentales preguntas, pero no nos da la respuesta.

El poder científico tiene funciones de información, dictamen y, en definitiva, valoración de riesgos, pero no de decisión. La legitimación científica no alcanza al poder decisorio. Además, no pretende decidir. La ciencia es prudente y sus resultados frecuentemente expresados en probabilidades están abiertos a la discusión. La obligación de decidir del poder político y del derecho son tanto su grandeza como su servidumbre.

Para Gracia Guillén la falacia tecnocrática reduce los problemas éticos a meros problemas técnicos, trasladando la gestión del poder a los expertos. Es herencia del positivismo, donde la ética se disuelve. En la tecnocracia moral todo conflicto moral es un problema técnico mal planteado y peor resuelto.

El cientifismo provoca, en muchas ocasiones, la aspiración de la sociedad sin riesgo. Aspirar a su supresión absoluta es imposible e indeseable. El riesgo es progreso y como dice la canción de los Tigres del Norte, en lo más seguro hay riesgo. La clave estaría en el equilibrio, la eliminación del riesgo inaceptable, en expresión de Mary Douglas.

La determinación de cuáles son aceptables exige preguntarnos qué tipo de sociedad queremos construir y, a partir de ahí, hacer depender la gestión del riesgo de las ideas aceptadas sobre la justicia. Se trataría de reflexionar sobre quiénes recae soportar dichos riesgos y si ello es conforme con el principio de justicia. La sociedad del riesgo cero acaba agravando la precariedad de una parte de la sociedad. ¿Afectan las medidas como el confinamiento por igual a todas las clases sociales?

5. Los aprendizajes

Tras lo que acabamos de exponer no creemos, sin embargo, que estemos ante *el final de la Historia*, pero al menos sí puede que la pandemia nos haya dado, al menos, la esperanza de empezar a construirla a través del fortalecimiento del humanismo, aunque ello se desarrolle en un contexto poco halagüeño como el que predice Krastev en su libro *¿Ya es mañana? Cómo la pandemia cambiará el mundo*. En su obra pandémica el politólogo búlgaro señala también que los seres

humanos y nuestra Historia recuerdan bien las guerras y las revoluciones, pero no las pandemias —sorprendentes, por cierto, las imágenes tan actuales, pero tomadas hace un siglo, de los españoles con mascarilla y cómo estas quedaron olvidadas durante décadas—.

Y contesta Krastev a su pregunta de la siguiente manera: quizás no solo porque en aquellas es más difícil contabilizar los muertos, sino, además, porque no es fácil convertir una pandemia en una buena historia, al no poder describirse sobre la base tradicional de la estructura de cualquier historia, con inicio, desenlace y final. En las pandemias, a diferencia de las guerras, no hay argumento claro, y las muertes no solo carecen de sentido, sino también de heroísmo.

Para Markus Gabriel existe esperanza. Toda crisis conlleva una posibilidad de mejora y esta nos ha situado frente al espejo. En el plano bioético algo hemos aprendido: la ética es rentable. Las actuaciones justas, las que satisfacen las expectativas legítimas de los afectados por ellas, generan confianza, principal activo de una sociedad.

En la toma de decisiones en tiempos convulsos como los que estamos viviendo, y en los que está en juego, no ya la democracia, no ya la economía, sino la vida de personas, el Estado tiene —en palabras del Comité Nacional de Ética de Alemania— el deber no solo de salvar tantas vidas humanas como sea posible, sino también, y sobre todo, de salvaguardar los fundamentos del sistema legal. Porque, como nos recuerda Adela Cortina, la heurística de la dignidad salva vidas y, además, previene frente a la gerontofobia, que es un riesgo de presente y de futuro. Y añade, además, que la ética es rentable, porque las actuaciones justas, las que satisfacen las expectativas legítimas de los afectados por ellas, generan confianza, que es el principal activo de una sociedad.

Dejándose guiar por la bioética no solo se salvan nuestros valores constitucionales, se salvan vidas. Y véanse los datos del número de vidas salvadas en la tercera, cuarta y quinta olas con la decisión, de fundamento ético, de vacunar primero a nuestros mayores en residencias.

Esta traumática experiencia debe servirnos, creo, a los universitarios para replantear la formación que estamos dando a nuestros estudiantes, lo que resumo a través de una propuesta:

Si la pandemia nos ha devuelto al lado más humano, ello también exige otorgar un papel relevante a las humanidades. Con la Ética no se nace. La Ética no es ser buenos o meditar, sino aprender y desarrollar unas capacidades para el discernimiento y saber analizar conflictos difíciles con el ser humano en el centro. La Ética se estudia y aprende. La Ética es, según nos dijera Sócrates, comportamiento y conocimiento. Y cobra todo el sentido la pregunta que nos lanza Adela Cortina: ¿no es relegar las humanidades una pérdida en humanidad? Y nos preguntamos nosotros, ¿podemos recuperar ese humanismo sin otorgar una participación destacada a las humanidades en los currículos formativos?

Deberíamos superar el mito de que las humanidades son menos productivas. Responde a un paradigma utilitarista y tecno-optimista. Las humanidades proporcionan también beneficio económico. Son fuente de innovación. Son fecundas. Permiten a las sociedades no solo comprender el entorno, sino también autocomprenderse.

El padre Adolfo Nicolás nos recordó en 2008 que las competencias no pueden estar orientadas solamente al mercado, debiendo ser comprendidas en el marco de un humanismo. Y hay cuatro características de la persona íntegra e integral, que empiezan por la letra “C”: personas conscientes, competentes, compasivas y comprometidas ¿Podemos cumplir nuestra misión sin las humanidades?

Deberíamos también desterrar otro paradigma, el cuantitativo. El análisis matemático, los datos son importantes, pero el dataísmo es peligroso. Combinar analfabetismo ético con conocimiento tecnológico y científico es un viaje hacia ninguna parte. El propio Descartes destacaba lo importante que es pensar tanto dentro como fuera del taller científico.

Byung-Chul Han nos advierte de que el giro copernicano que elevó al hombre a productor autónomo del saber es ahora sustituido por un giro dataísta, en el que el hombre se rige por datos. Abdica como productor del saber y entrega su soberanía a los datos. El dataísmo pone fin al humanismo de la Ilustración. El saber se produce maquinalmente.

Para Gracia Guillén, el problema radica quizás en que solo las personas maduras tienen una especial sensibilidad hacia los valores, hacia las humanidades, y las personas jóvenes se ilusionan más con la técnica. Y si uno de los grandes retos

de nuestras universidades es, por la esperanza de vida y la inestabilidad del mercado laboral, la formación a lo largo de toda la vida, *lifelong learning*, no es difícil prever que las humanidades serán, en breve, la elección natural de gran parte del alumnado, ya más maduro y más sabio.

Aunque minusvalorar las humanidades no solo es expresión de juventud, sino también, de humanidad. Para Cavell no hay nada más humano que el deseo de negar la propia humanidad, a lo que podríamos añadir que el de negar a las propias humanidades.

Referencias

- Bagenstos, S. R. (2020). May Hospitals Withhold Ventilators from COVID-19 Patients with Pre- Existing Disabilities? Notes on the Law and Ethics of Disability-Based Medical Rationing. *Yale Journal Forum*, (130), 1-15. <https://doi.org/10.2139/ssrn.3559926>
- Bentham, J. (1843). Anarchical Fallacies. En J. Bowring (ed.) *Works* (vol. 2).
- Cavell, S. (1999). *The claim of reason: Wittgenstein, skepticism, morality and tragedy*. Oxford University Press.
- Comité de Bioética de España. (2020, 15 de abril). Declaración sobre el derecho y deber de facilitar el acompañamiento y la asistencia espiritual a los pacientes con COVID-19 al final de sus vidas y en situaciones de especial vulnerabilidad.
- Comité Nacional de Ética alemán. (Deutscher Ethikrat). (2020, 27 de marzo). Recomendación *ad hoc* sobre la solidaridad y la responsabilidad durante la crisis del coronavirus.
- Cortina, A. (2021). *Ética cosmopolita. Una apuesta por la cordura en tiempos de pandemia*. Barcelona: Paidós.
- Gabriel, M. (2019). *Yo no soy mi cerebro. Filosofía de la mente para el siglo XXI* (4.ª ed.). Barcelona: Pasado y Presente.
- Gracia Guillén, D. (2019). *Bioética mínima*. Madrid: Triacastela.
- Kahneman, D. (2021). *Pensar rápido, pensar despacio* (6.ª ed.). Barcelona: Debate.
- Krastev, I. (2020) *¿Ya es mañana? Cómo la pandemia cambiará el mundo*. Barcelona: Debate.
- Nicolás, A. (2017). *Raíces de futuro*. Córdoba: Universidad Católica de Córdoba.
- Zagrebelsky, G. (2006). La idea de justicia y la experiencia de la injusticia. En G. Zagrebelsky y C. M. Martini, *La exigencia de justicia*. Madrid: Trotta.